

Invitación a la lectura

CÉSAR GAVELA

Llega el momento de dar la palabra a Enrique Gil, que es quien debe contarse y contar. Siento que he realizado un viaje sencillo y a la vez intenso. Que conozco mucho mejor a aquel gran literato berciano cuya obra ha estado muy sumergida bajo el peso de los lugares comunes y en particular bajo la fama de su gran novela histórica *El Señor de Bembibre*.

Pero él no solo fue el autor de aquel mundo de ficción, tan armoniosamente narrado. El escritor nacido en Villafranca fue también un gran amante de Castilla y de España. Un poeta, periodista, diplomático y ensayista que ensanchó sus límites y buscó su camino con libertad e inteligencia. Hasta llegar a ser vecino de la remota Prusia y amigo del gran sabio Alexander von Humboldt.

Enrique Gil fue un hombre muy valioso que murió demasiado joven. La vida no le concedió esas dos o tres décadas que lo habrían convertido en uno de los grandes escritores del siglo XIX. Pero nos deja su brevedad trágica, su encanto romántico y sincero, su fuerza soñadora, su patriotismo, su nobleza y su equilibrio.

Nos entristece saber, como bien sospechamos, que no conoció el buen amor al que tenía derecho. Tampoco pudo saborear el éxito de su gran novela porque murió enseguida. Pero todo eso nos lo acerca aún más. Siempre será el berciano que iluminó el idioma español desde las tierras del Noroeste. El que nos dijo, con su obra y su vida, con su dolor y su dulce alegría, que el destino del auténtico creador es abrirse al mundo. Convertir lo local, a través del arte, en universal.

Ω



Luis Vives, *rara avis* de la historia de la cultura española

En 1841, cuando Enrique Gil publica este artículo en *El Pensamiento*, de Madrid, ya dispone de un modo de vida digno pues, gracias a sus méritos e influencias, está empleado en la Biblioteca Nacional. Percibe un sueldo fijo y tiene una tarea muy adecuada para quien había decidido dedicar su vida al periodismo y la literatura. En la Biblioteca, además, pudo conocer a personas cultas que le sugirieron lecturas y estudios.

Luis Vives nació en Valencia en 1492 en una familia judía que sería víctima cruel del fanatismo de la Inquisición. Su padre fue quemado vivo y su madre, muerta antes de la sentencia, fue desenterrada y luego quemada. Luis Vives, aconsejado por su padre, había puesto tierra por medio en los albores del terrible pleito y vivió el resto de su vida en el extranjero. Doctorado por la Sorbona, en 1512 se instaló en Brujas, la ciudad donde moriría en 1540, con solo 48 años. Pero no solo vivió en la actual Bélgica, pues también pasó varios años en Inglaterra, regresando a Brujas en 1526. En su periodo británico fue profesor en Oxford y alcanzó el honor de ser el canciller del rey Enrique VIII. Sin embargo, él prefirió volver a Flandes, donde se sentía más feliz y mejor integrado en su ambiente cultural y universitario.

Enrique Gil comenta los libros que escribió el gran valenciano, a quien define como “hombre de raras cualidades que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter llegó a ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo”.

El leonés admira a Luis Vives y casi podríamos arriesgar que lo tiene por modelo: el de un escritor español que vive en el extranjero, en un entorno más elevado y libre, en la vanguardia del pensamiento. Enrique Gil resalta el empeño del humanista por devolver al latín su esplendor después de tantos siglos de desidia y abandono; un maltrato que entorpece gravemente la creación intelectual. Gil también elogiará el empeño de Vives por restituir la pureza a los textos de los filósofos griegos, que habían sufrido un gran deterioro en la Edad Media bajo un escolasticismo estéril y adocenado. “Solo



por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían”.

El periodista recoge la preocupación pedagógica de Luis Vives por ofrecer la mejor educación posible a los jóvenes, siempre desde la honestidad intelectual y la defensa de la verdad y la belleza. A lo que Gil añade otro ingrediente: el importantísimo papel del sentimiento. Inesperada y reveladora incursión del ensayista berciano, para quien “cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones o revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento”.

Ahora bien, no todo lo que dejó escrito Vives convence a Gil, quien siempre se caracterizó por ser fiel a su juicio, y por no hacer excepciones nunca, ni siquiera cuando valoraba la obra de sus mejores amigos. El leonés solo sirve a su libre opinión y por ello criticará severamente el contenido de algunos libros del valenciano. En concreto *De la instrucción de la mujer cristiana* y *Del Oficio del marido*, dos textos que justifican el poder omnímodo del esposo en el seno del matrimonio, y que además reducen la vida amorosa a la pulsión física. Algo que ya debería estar plenamente periclitado en el siglo XVI, como bien prueba la pasión de Dante y Beatriz o de Romeo y Julieta, tal y como recuerda el propio Gil.

El berciano también se detiene en una de las grandes novedades del pensamiento de Vives: sus ideas sobre la ética en el trabajo, sobre la justa distribución de sus beneficios y, muy en particular, su defensa de la educación de los muchachos pobres, para restituirlos a la sociedad en plenitud, a lo que tienen pleno derecho.

Luis Vives es una *rara avis* de la historia de la cultura española. Un pedagogo, un filólogo, un hombre cívico, universalista y sabio. Una persona que se empeñó en muy diversos avatares intelectuales, todos ellos tendentes al mejoramiento de la vida de las personas. Y podríamos añadir, por último, que el trabajo de Gil sobre Luis Vives tiene algo de premonitorio porque su autor, andando el tiempo, también viajaría por la tierra adoptiva de Vives en su fecundo y demorado camino hacia Berlín, donde moriría tan dolorosa y prematuramente.



Colección de los Viajes y Descubrimientos



El riojano MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (1765–1844), fue marino de guerra e historiador. En el curso de sus investigaciones encontraría en Portugal dos diarios de viaje de Cristóbal Colón así como otros legajos suyos, del máximo interés.

Hombre honorable y meritorio que amaba España, la defendió en batallas marinas y también en la difícil guerra contra el olvido y la falacia. Navarrete, que fue presidente de la Academia de Historia, redactó una extensa obra de título muy largo e ilustrativo: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV: con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, en adelante *Colección de Viajes*, publicada entre 1825 y 1837 en cinco tomos, los cuales Gil reseña con amplitud en este ensayo de 1841.

Pese a su gran tamaño y ambición, no sería esta la única obra que escribió Navarrete, tampoco la más conocida. Sus libros más celebrados fueron otros y más breves: una biografía de Miguel de Cervantes, la segunda dedicada al gran novelista, y los *Viajes de Américo Vespucio*, un libro clásico que ha sido reeditado en este tercer milenio.

Enrique Gil y Carrasco era un gran amante de la verdad y un patriota lúcido. Con esas cualidades abordó la recensión de las muchas páginas de Navarrete que analizan la obra de los españoles en América. El riojano combate la leyenda negra, esgrime la ejemplar figura de fray Bartolomé de las Casas y de otros seguidores suyos y, en todo caso, no niega los excesos de los conquistadores. En buena parte debidos, según el autor, a las enormes dificultades y peligros que arrojaron. Navarrete también recuerda algo inapelable: que así como en diversas colonias de otros imperios europeos desaparecieron prácticamente los indígenas, no sucedió lo mismo en las posesiones españolas.



Este ensayo está escrito de un modo disperso, no muy bien aquilatado en lo formal, pero su contenido es interesante. La obra de Fernández de Navarrete incorpora, además, algunos descubrimientos suyos no como marino, sino como historiador. Entre estos hallazgos hay uno fundamental: dos diarios de Cristóbal Colón relativos a su primer y segundo viaje así como otros documentos relacionados con tales singladuras.

Cristóbal Colón, naturalmente, es el corazón de este ensayo: su vida, su tesón, su valor, su intuición, su capacidad de sufrimiento y su inteligencia. Pero también tiene un bien justificado protagonismo el portugués Magallanes, el gran hombre que inició la primera vuelta al mundo encontrando en la Tierra de Fuego el paso del Atlántico hacia el Pacífico.

Enrique Gil no era un historiador pero amaba la historia, pasión que reflejan siempre sus escritos. Tanto los de ficción como los ensayísticos. Y en este texto establece una reflexión capital, que anticipa su gran novela histórica: “El señor Navarrete muestra temores, no infundados en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros países, la tendencia de las épocas y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que a no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama ese género de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de su dignidad y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinión, y de que la imparcialidad, la buena fe y la elevación de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginación tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan”.

Así pues, Enrique Gil, casi dos años antes de empezar a escribir *El Señor de Bembibre*, ya sabía muy bien los presupuestos literarios del libro que estaba buscando.



Las Comunidades de Castilla

Historia de las Comunidades de Castilla es un libro escrito en latín por Juan Maldonado y traducido al español por José Quevedo¹. La historia de los comuneros es conocida, pero no tanto como debiera, adelanta el escritor berciano, quien una vez más aprovecha una colaboración en la prensa para expresar su tristeza por la falta de trabajos científicos solventes que ahonden en la historia de España. Ello contrastaba con lo sucedido en otros países de Europa, en los que el cuidado y el esfuerzo de sus historiadores ofrecían infinidad de textos imprescindibles para explicar el devenir de sus respectivas patrias.

Gil y Carrasco, que era un hombre apasionado, siempre nos sorprende con el contrapeso del equilibrio y la medida. En su recensión del libro de Maldonado concreta las principales características de aquel movimiento revolucionario y separa sus aspectos positivos de los negativos. No se deja llevar por la efervescencia patrioterica y analiza cabalmente los elementos que concurrieron en aquellas guerras que asolaron Castilla en el primer tramo del siglo XVI, con motivo de la llegada del joven emperador Carlos I.

Como es sabido, el monarca vino acompañado de nobles y burgueses procedentes de Flandes que actuaban con gran altanería y que se apoderaron de muchos resortes económicos, muy en particular de aquellos negocios cercanos al emperador. Tales excesos, acompañados de sobornos, estafas, violencias, venta de cargos y otros abusos, provocaron la lógica indignación de los castellanos, quienes no fueron atendidos en sus legítimas quejas, por lo que de ahí se pasó a la violencia. La sangre tiñó las tierras de Castilla y se echó mucho a faltar, dice Enrique Gil, “un hombre dotado de capacidad y genio para dominar una situación tan difícil y subordinar tantos elementos heterogéneos a un fin común, creando un centro donde fuesen a parar todos los esfuerzos individuales”.

Esa carencia fue determinante para la derrota comunera. Y eso que sus reivindicaciones, como apunta el leonés, eran muy sensatas pues no pretendían otra cosa que el mantenimiento de las viejas normas, costumbres y fueros. No

¹ Ediciones recientes: *La revolución comunera* (Ediciones del Centro, 1975), *Levantamiento de España* (Centro de Estudios Constitucionales, 1991) y ed. facsímil, Editorial Maxtor, 2002. Sobre Juan Maldonado, véase *Historia de la literatura en Castilla-La Mancha* [URL: <http://bit.ly/1rUzJyK>].



estaban en tela de juicio asuntos más importantes como los dogmas religiosos o la legitimidad del emperador. La causa de la insurgencia castellana estaba más vinculada con la justicia tributaria, con el poder local y con el acaparamiento flamenco de los mejores cargos de la administración.

Enrique Gil evoca los infortunios de las milicias castellanas: la traición que protagonizó Pedro Girón al frente de las tropas o los errores tácticos de Padilla en Torrelobatón. Errores que terminaron por equilibrar las fuerzas y sabido es que, una vez producido ese empate, siempre suelen imponerse los ejércitos organizados a las milicias. Y las milicias eran los comuneros.

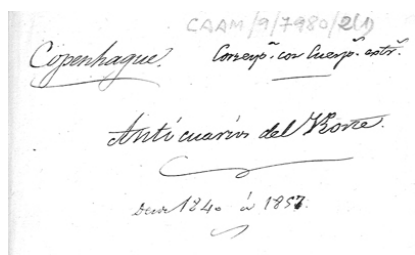
Tal vez lo más original de la visión de Enrique Gil sobre este movimiento armado que solo resistiría dos años, es su crítica al anacronismo subyacente en su propuesta. Acreditando una vez más su independencia de criterio, el leonés contrapone los valores de quienes serían vencidos en Villalar –valores medievales, podríamos decir, vinculados a la tierra y a una ineficaz dispersión del poder a la necesidad que poseían las nuevas naciones de buscar la mayor homogeneidad posible en todos los órdenes, para competir mejor en la que sería denominada como Edad Moderna.

Enrique Gil también critica la pueblerina pretensión comunera de que el monarca no se ausentara del suelo patrio, algo que hubiera significado mutilar a España de su gran protagonismo en la política europea del siglo XVI, en la que contaba con nuevas posesiones en Flandes, Milán, Luxemburgo, etc. que impulsaban esa dimensión exterior. Y lo que hubiera sido más grave: habría debilitado a todo Occidente ante sus decisivos enfrentamientos contra el poder turco.

No por ello Enrique Gil deja de honrar la memoria de los comuneros, su heroísmo y abnegación, consignando una severa crítica moral al César Carlos, a quien reprocha su falta de grandeza y su inclemencia. El monarca fue muy cruel con sus enemigos.



Un relato de Borges



Este texto tiene un título que despista. Porque la SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DEL NORTE no es, como podría parecer, la denominación de un grupo de empresarios daneses dedicados a comerciar con antigüedades, sino una asociación de sabios que abordaron importantes empeños históricos, muy especialmente el cuidado y publicación de las sagas altomedievales de Escandinavia. Tanto de Noruega como de Dinamarca o las Islas Feroe. Y muy particularmente de Islandia, esa tierra literaria y misteriosa, que siempre nos recuerda a Borges, gran amante de las sagas nórdicas y estudiante, ya siendo octogenario, del misterioso idioma anglosajón antiguo.

Para escribir este artículo de temática tan insospechada, Gil y Carrasco contó de nuevo con la ayuda del historiador Fernández de Navarrete. El viejo marino riojano, que moriría en 1844, conocía esos trabajos escandinavos y tenía ejemplares de las sagas. Cuyos nombres, de nuevo nos remiten a determinados textos de Borges dedicados a esta épica fundacional y arcana: *Fornmanna Sagur*, *Olnordiske Sagaer*, *Fornaldar Sogur Nordlanda*, *Islendiga Sagur...* O *Scripta histórica Islandorum*, que es una compilación de sagas islandesas. De igual modo las *Nordiske Fortids Sagaer*, obras mitológicas y novelescas de los hechos antiguos vinculados a la ocupación de Islandia en el siglo IX. Por su parte *Epicedium Ragnaris Lodbroci* es el canto de los méritos y de la muerte de Ragnar Lodbrok, rey de Dinamarca.

Otros afanes de aquella ilustre asociación danesa están relacionadas con los monumentos históricos de Groenlandia, lo que no deja de ser también un tema muy cercano a la literatura fantástica porque es difícil imaginar que en la gigantesca, despoblada y gélida isla pudiera haber monumentos. Ahora bien, el protagonismo groenlandés nos lleva a otro asunto relacionado con aquella tierra inhóspita situada entre Europa y América del Norte. Y ello porque los sabios daneses estudiaron el primer descubrimiento de América por parte de



los escandinavos, en sus viajes realizados entre el siglo X y el XIV. Expediciones que alcanzaron la hoy canadiense Terranova.

Entre los diversos trabajos de los que se hace eco Enrique Gil, destaca la edición de un libro por parte de la sociedad de anticuarios denominado *Tratado sobre las relaciones amistosas de los antiguos escandinavos con la península Ibérica*, de un tal señor E. C. Werlauff. Libro cuyo título provoca una dulce melancolía literaria, un seductor e inesperado vínculo entre los vikingos y los antiguos españoles.

Gil habla de pasada de otras obras editadas por aquellos ilustrados septentrionales, en particular las sagas de los reyes de la lejana Noruega. Por último reproduce los títulos de los capítulos de uno de los libros más imponentes, una especie de Biblia escandinava titulada *Antiquitates Americanae sive Scriptores Septentrionales Rerum Ante Colombianarum in América* que, como fácilmente cabe deducir, se refiere a los escritores nórdicos anteriores a la conquista de América por Cristóbal Colón. La simple lectura de la relación de capítulos es más que cautivadora, y ahí aparece el formidable islandés Snorri Sturluson, o la saga de Erick El Rojo, amén de la navegación de Aro Marson a la remota Hvitramannaland. También otros personajes míticos como Biorn Asbrandson, llamado Breidoikingakappe ilustran este gran libro que también habla de los vestigios antiguos escandinavos hallados en la costa este de Estados Unidos, concretamente en Massachussets o Rhode Island.

Llegados a ese punto el lector de Gil ya no sabe si se ha perdido gozosamente en un relato de Borges. Lo que no deja de ser prodigioso porque el gran escritor bonaerense nacería medio siglo después de la muerte del berciano.



Bosquejos de España



Enrique Gil tenía alma viajera. Pese al poco tiempo que estuvo en la vida y pese a las dificultades económicas o a las derivadas de su salud, tan pronto quebrantada, procuró siempre que pudo conocer lugares nuevos. En el último tramo de su vida recorrió la costa mediterránea española y buena parte de Francia, con estancias en París y Ruán, también en el actual Benelux y finalmente Berlín. Un viaje este, el más importante de su vida, también el de su muerte, que el escritor leonés dilató durante varios meses para observar mejor esos países. Sus adelantos, su pulso cotidiano y muchos otros aspectos políticos, sociales, jurídicos o culturales.

En el preámbulo de este ensayo sobre el libro *Bosquejos de España*, obra del capitán Samuel Edward Cook, de la Marina Real Inglesa, Enrique Gil critica al viajero que visita un país con ideas preconcebidas, muchas veces tomadas de la lectura de otras personas que le antecieron. Planteamiento que está abocado a echar a perder los frutos del recorrido. Lo que propone Gil es viajar con la mayor inocencia posible y “juzgar las cosas en su valor intrínseco, desnudas de las convenciones sociales y sin referirlas sino a aquellas ideas eternas, fijas e invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo bello y lo verdadero”.

El leonés comenta el desprecio que muchos extranjeros, particularmente franceses, mostraron en sus libros de rutas por España. No sucediendo lo mismo con los británicos. Y como prueba de ello esgrime el gran volumen de George Borrow, *La Biblia en España*, con toda probabilidad el más hermoso libro de viajes por tierras ibéricas que se escribió en el siglo XIX; y eso que la centuria fue muy pródiga en títulos de esa temática. España era un paraíso para los viajeros procedentes de los estados más ricos y desarrollados de Europa porque nuestra nación aún poseía un tipismo muy peculiar.



España era un territorio grande y no muy poblado, con comunicaciones muy deficientes, en buena medida debido a las dificultades orográficas. Era también un país de fondas sucias y espartanas y de ciudades descuidadas donde vivía una sociedad poco alfabetizada. Una situación que luego iría modificándose a gran velocidad. Tanto es así que la España de Clarín o de Galdós ya es muy diferente de la propia de Gil y Carrasco. En menos de medio siglo la nación progresó enormemente. Se tendieron muchas líneas ferroviarias, se intensificó la industrialización, se aprobaron leyes modernizadoras y se produjo un desarrollo económico y social más que notable. Algo que no sucedía aún cuando el capitán Cook se adentró en España, en los años 1829-1831, decidido a recorrer el país en diversos viajes radiales, con centro en Madrid. Rutas que anotó con rigor y que, para Enrique Gil, fueron narradas siempre con un “estilo modesto y desnudo de pretensiones” y también, con “benevolencia y nobleza”.

A partir de ahí el berciano irá comentando, un poco a vuelapluma, las andanzas de S. E. Cook. En un punto de ese recuento interviene para opinar que la España de su tiempo era un lugar con “gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo y de estupidez por la de los gobernantes; de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización”.

Concluyendo así: “el discordante resultado de semejantes causas y combinaciones da a este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes”. Nuestro atractivo era hijo de nuestro casticismo y de la existencia de muchas Españas, no tanto por razones geográficas y culturales, que también, cuanto por los diferentes modos de vida que tenían la clase alta y el pueblo, los alfabetos y los iletrados, las personas urbanas y las que vivían en entornos rurales.

A partir de ahí Gil irá comentando en su artículo los recorridos de Cook. Sus viajes por Granada o Murcia, también uno a Torrevieja, villa que entonces acababa de sufrir un cruel terremoto. Naturalmente no podemos citar ahora todas las impresiones que Gil espiga de la obra del británico, pero sí consignar un criterio general, que nos deja bien parados a los españoles. S. E. Cook resalta la amabilidad de los que manejaban las incómodas diligencias y la hospitalidad y modales exquisitos de muchas personas con las que tuvo trato. Pondera la belleza y gracia de las mujeres españolas y la sencillez y talento de los hombres de ciencia. También resalta Cook “la agudeza y disposición para la conversación”, considerando que ningún pueblo aventaja en tal punto a los españoles.



El capitán se detiene además en aspectos muy curiosos y diversos, desde la fiesta de los toros a las diferentes tipologías de los ladrones. Dedicando por último largos capítulos a hablar de cuestiones artísticas, económicas, geológicas o botánicas que prueban la gran pasión que el capitán Cook sintió por nuestro país. Convirtiéndose en un animoso antecesor de la imprescindible y fructífera nómina de hispanistas británicos.

